

Marzo de 1452

El cochero azuzaba a los caballos y el carruaje forrado de telas ricas y acolchado con cojines de seda se balanceaba de un lado para otro, al igual que una barquichuela en medio de la tormenta, mientras la parturienta aguantaba los dolores sin una queja y apretaba con fuerza los muslos para impedir que la criatura a punto de nacer decidiera salir al mundo en cualquier momento. Había abandonado el palacio de los reyes de Navarra en Sangüesa en cuanto había sentido las primeras contracciones. Ni las súplicas de sus dueñas y parteras, ni las aseveraciones del galeno en cuanto al peligro que corrían, tanto ella como el nonato, sirvieron de nada. Doña Juana Enríquez, segunda esposa de Juan de Trastámara, infante de Aragón, duque de Peñafiel y rey viudo de Navarra, había jurado que su hijo no nacería en tierras navarras. La comitiva se vio, por tanto obligada a viajar hasta la primera población de la Corona de Aragón, Sos, donde la duquesa fue llevada en volandas al castillo de los Sada y dio a luz

a su primer hijo varón, Fernando. Eso se dijo, pues corrió el rumor de que el infante había nacido en el camino.

Tras un par de abortos y una niña muerta a poco de nacer, Juana Enríquez sabía —así se lo había pronosticado una agorera— que, esta vez, la criatura que crecía en sus entrañas era un varón y tan segura estaba, que decidió que su hijo naciera en Aragón. El rey Alfonso, quinto de su nombre, no tenía hijos legítimos y tampoco parecía que tuviera intención, ni edad, para tenerlos, por lo que su hermano Juan, su marido, era el heredero natural. Y su sucesor sería aquel niño que mamaba con tal fuerza que, a cada succión, parecía ir a desgarrarle el pecho. Por él se había arriesgado a viajar desde Sangüesa a Sos en el último momento, cuando la partera confirmó lo que ella ya sabía, que el nacimiento del niño era cuestión de nada. Fue una decisión precipitada, incomprensible para los miembros de la curia, incluido su marido, pero ella lo tenía claro. Su hijo debía nacer en Aragón. Su suegro y su cuñado, así como Juan, habían nacido en Castilla y llegaban rumores acerca del descontento de los súbditos aragoneses por el hecho de que sus reyes fueran castellanos. También estaba la antigua usanza por la que nadie que no fuera nacido en el reino o hijo de aragonés podía gobernar, tradición incumplida durante el último siglo. El riesgo merecía la pena.

No había matrimoniado con un pariente viejo, viudo y con tres hijos de su misma o parecida edad por nada, cuando podría haberlo hecho con el propio rey de Castilla, su pariente, asimismo, y viudo reciente, de no haber mediado la enemistad entre el valido de éste, don Álvaro De Luna, y su padre, don Fadrique Enríquez de Mendoza, Almirante de

Castilla. Cierto que Juan de Castilla tenía cuatro hijos tan jóvenes como ella, pero era rey. Su marido solo era el rey viudo de Navarra y el posible sucesor de su hermano, el de Aragón, pero lo mismo transcurrían los años y la sucesión no se llevaba jamás a cabo. Un accidente de caza, una enfermedad o una herida de guerra podían dar al traste con los planes gestados a lo largo de los nueve meses de embarazo, mientras tejía ropas para el niño e intervenía en la polémica entre su marido y su hijastro, siempre en contra de éste último.

Le constaba que entre ellos nunca habían existido buenas relaciones, pero tampoco habían sido mejores entre Carlos y ella. En su primer encuentro, el Príncipe la miró como a una intrusa y le recordó que, según las capitulaciones matrimoniales acordadas con su difunta madre, él era el legítimo heredero y su padre estaba obligado a dar cuenta a las Cortes navarras acerca de su nuevo matrimonio, cosa que no había hecho y que, por lo tanto, perdía todo derecho al trono de Navarra. Sin embargo, un rey coronado no perdía sus derechos tan fácilmente y, en buena hora, la difunta reina Blanca había dejado estipulado en su testamento que su hijo no accedería al trono en tanto y cuanto su padre no lo permitiera. Y no lo había permitido. ¿A cuento de qué tendría que ceder sus derechos de matrimonio a alguien con quien apenas había tratado desde su nacimiento? Carlos se había educado en el palacio de Olite, junto a su abuelo materno, y había sido nombrado Príncipe de Viana y heredero de Navarra en vida de éste. También lo sería de Aragón, llegado el momento, pero ya se encargaría ella de que su marido cambiara de opinión. Aragón sería para Fernando, quizás también Castilla, vista la endeblez del futuro rey Enrique, y ¿por qué no? Navarra.

El hecho de que un ejército castellano al mando del heredero hubiera entrado en Navarra para auxiliar a su primo Carlos y atacar a su marido le había puesto en bandeja una excusa para instigar a Juan a destituir a su hijo de la lugartenencia y nombrarla a ella gobernadora del viejo reino. Ambos infantes, el navarro y el castellano, se habían entonces aliado en su contra y la habían sitiado en Estella, pero Alonso de Aragón, bastardo de su marido, había derrotado a su hermanastro en Aibar, y gracias a Dios, pues estaba ya embarazada y su apresamiento habría podido dañar al feto. No había olvidado la humillación, ni perdonado, y había jurado vengarse.

—Tú serás rey —afirmó tras contemplar al recién nacido, cuya aya se aprestaba a llevarlo a la cuna.

El último pensamiento, antes de dormirse agotada por el esfuerzo, fue para su hijastro Carlos.

—Y tú, jamás lo serás.

Todos en la Val d'Onsella estaban al corriente de que la Coja era bruja, de eso no había la menor duda. ¿Cómo si no sabía a ciencia cierta que éste curaría su mal de tripas con un brebaje elaborado con hinojo y anís, o que aquel otro estaba condenado por mucho que hubiese acudido al físico de los señores? ¿Cómo si no acertaba siempre el tiempo que haría en los días siguientes o adivinaba si la criatura a nacer era varón o hembra? Estaba claro que se trataba de una mujer a temer y que más valía estar a buenas con ella, puesto que sabía de plantas: de las de curar, pero también de las de matar.

Nadie conocía su origen, pues había llegado al valle preñada, sin marido y sin familia. Tampoco se sabía su nombre, por lo que, debido a su evidente renquera, rápidamente se le apodó “la Coja”, y con dicho apelativo se quedó. Por si esto fuera poco, nadie le había visto nunca la cara, ya que siempre iba embozada, de forma que únicamente se apreciaba la mirada de sus ojos negros. Como ocurre en dichos casos, cada cual afirmaba lo propio más lo añadido, por lo que había quien decía que procedía de tierras de moros donde, se aseguraba, las mujeres iban tapadas de la cabeza a los pies, pese a que no tenía deje al hablar. Otros, a su vez, estaban convencidos de que era judía, aseveración rápidamente refutada por los más sabidos aduciendo que en dicho caso viviría en el barrio hebreo, al ser de conocimiento general que los judíos preferían estar cerca unos de otros y, además, estaban obligados a hacerlo. Los más, sin embargo, opinaban que la mujer era cristiana, navarra para más señas, puesto que hablaba sin problemas la lengua de la región, aunque probablemente era una excomulgada ya que nunca, desde su llegada, se le había visto en la iglesia, ni siquiera en los funerales a los cuales asistían incluso los vecinos judíos, si bien éstos permanecían fuera del templo.

Ella y su hija vivían en una chabola, cerca del barranco, y casi nunca aparecían por la población, aunque más de un labrador camino a los viñedos, a poco de despuntar el día, se había llevado un buen susto al tropezar con la Coja, quien andaba en busca de hierbas y raíces para elaborar sus pócimas y ungüentos. Tapada con un sobretodo de color negro, ya fuera verano o invierno, era la misma Parca, tal y como el imaginario popular la representaba. Y, sin embargo, aquellos valientes, más mujeres que hombres, que acudían a ella en busca de un

remedio para aliviar los males aseguraban que era persona amable, que escuchaba con atención las cuitas de sus clientes y les procuraba consejos sabios y medicinas por lo general satisfactorias, siempre que el mal tuviera solución. Y es que aunque en Sos hubiera nada menos que un físico y dos barberos, muchos preferían los remedios de la Coja en lugar de las sangrías o las sanguijuelas a las que tan aficionado era el primero, y a las operaciones de los segundos, quienes enseguida cercenaban un brazo o una pierna que, quizás, ni siquiera estaban gangrenados. Únicamente se armaban del valor necesario para dejarse operar cuando la curandera les aseguraba que la infección no tenía remedio y había llegado a la sangre, que más valía estar manco que muerto.

Con todo, las murmuraciones dejaban poso en el ánimo de los habitantes del valle, en especial cuando las cosas se torcían, las lluvias anegaban los sembrados pudriendo las semillas o la sequía abrasaba los campos y secaba el On-sella e incluso la fuente milagrosa de Entrambasaguas, donde tiempo atrás había aparecido la Virgen María en una encina. Las hablillas tampoco eran benévolas a la hora de atribuirle su parte de culpa por pestes y guerras, aunque nadie hasta entonces se había atrevido a acusarla directamente pues, todo el mundo lo sabía, podría invocar al diablo y entonces sería peor. La mención al Maligno traía a cuento la existencia de la extraña hija de la Coja, una joven a quien nadie había visto jamás ni siquiera los ojos. Quienes acudían al barranco a por remedios habían tenido oportunidad de apercibirla sentada en el rincón más sombrío de la chabola, ya de por sí oscura, donde permanecía en silencio y no abría la boca ni para responder a sus saludos. Otras veces, pocas,

acompañaba a su madre, pero se ocultaba bajo una capa, de manera que era imposible adivinar su aspecto, aunque semejante actitud no podía significar más que una cosa: que la joven era, en realidad, un monstruo deforme, sin duda fruto de una relación impura ¿y qué había más impuro que fornicar con el propio Satanás? A partir de ahí, todo eran elucubraciones en cuanto a si tendría los ojos rojos, la piel estaría cubierta de vello negro o si, en lugar de dedos, le habrían crecido garras. De tiempo en tiempo, algunos jóvenes de la localidad se apostaban por turnos en las inmediaciones de la chabola, a ver si por fortuna alcanzaban a verla descubierta, pero nunca lo habían logrado, quizás porque las brujas sabían que estaban siendo espiadas y permanecían encerradas. Después, volvía la calma y las dejaban en paz durante algún tiempo, hasta la siguiente inundación, sequía o epidemia.

La llegada de la posible futura reina de Aragón y el nacimiento de su hijo provocó una enorme conmoción entre la población, puesto que el cortejo de la duquesa lo componían, además de un físico y media docena de parteras, más de trescientas personas, número que duplicaba el de los propios sosienses, entre cortesanos, soldados, avitualladores, guisanderos, palafreneros, músicos, siervos y criadas, sin olvidar al propio abad de Iratxe, don Garzia, y veinte monjes benedictinos, encargados de orar día y noche a Nuestra Señora de la Leche y el Buen Parto. Jamás se había conocido en Sos comitiva similar. Acaso había aparecido por el lugar algún que otro señor en peregrinación a Santiago de Compostela, algún noble acompañado de sus mesnaderos o algún obispo en viaje hacia Pamplona, pero solo habían pernoctado

en la localidad una o dos noches, y nunca en número tan elevado. Esta vez, el asunto era muy diferente.

Transcurridas las primeras euforias, la alegría y parabienes, y el vino que los señores de Sada repartieron entre los vasallos acompañado de tortas de pan y fiambres para celebrar el acontecimiento, la pregunta que todos se hicieron fue cuánto tiempo permanecería aquella gente en el lugar. Como poco los cuarenta días preceptivos para el puerperio, según la mayoría, si bien era sabido que galenos y comadronas aseguraban que una mujer precisaba un año para recuperar las fuerzas tras el parto y más si, como era el caso, doña Juana había malparido en otras ocasiones. Ni ella ni su marido querían correr riesgos con vistas a futuros embarazos, que ya se sabía que eran muchos los recién nacidos que no llegaban a la edad adulta y más valía asegurar la sucesión y la salud del recién nacido, aunque pronto se supo que el infante era fuerte y estaba sano, por lo que se suponía que no tardarían él y su madre en regresar a la corte de Navarra.

Sin embargo, los días, las semanas transcurrieron sin que, en apariencia, la comitiva tuviese intención de abandonar la Val d'Onsella. Y su presencia resultaba ciertamente muy onerosa, ya que era preciso procurar alimentos y bebidas a los visitantes, amén de que no había sosisense que no tuviera a más de uno durmiendo en su casa, pese a que los soldados habían montado sus tiendas de campaña extramuros. Estos hacían guardia ante la villa, como si de una fortaleza ocupada se tratara, lo que incomodaba a sus habitantes en grado sumo, ya que tenían que dar razón de adónde iban y de dónde venían cada vez que salían o entraban por cualquiera de los siete portales que se abrían en la muralla. Incluso tenían que aguantar

que los soldados revisasen sus canastos y se apropiasen de verduras o frutas con total desparpajo, cuando no se dedicaban a manosear a las mujeres, en especial a las jóvenes, con la disculpa de buscar pruebas de una supuesta conspiración en contra de doña Juana y el infante por parte de los beaumonteses, los partidarios del príncipe Carlos. Ante las quejas de la población, en aumento a medida que la estancia se alargaba, los soldados recibieron orden tajante de no molestar a los vecinos bajo amenaza de latigazos e incluso la horca para quienes mancillaran el honor de las mujeres. A fin de mantener a la tropa activa y evitar que pensara en otros asuntos, el oficial al mando dispuso largas marchas por el valle y las sierras adyacentes, de forma que los hombres volvían agotados y sin ganas de armar jarana en las calles o en la única taberna de la localidad.

Un anochecer de un tormentoso día de mediados de verano, cuando las sombras se habían ya adueñado de las estrechas callejas de Sos y sus habitantes empezaban a recogerse, se vieron sobresaltados por unos gritos procedentes de las cercanías al promontorio donde se alzaba el castillo de Sada. En unos instantes, niños, jóvenes y viejos, hombres y mujeres acudieron al lugar y contemplaron una escena que iba a dar que hablar durante mucho tiempo. Allí, en pie ante la imponente mole podían verse dos figuras vestidas de negro, sin nada que las protegiera del agua, ante la atónita mirada de los soldados que hacían la guardia delante de las puertas, albardas en posición de ataque.

—¡Justicia! ¡Justicia! ¡Justicia!

El grito, repetido hasta la saciedad, no disminuía en potencia, ni en rabia, pese a los rayos que refulgían entre los

nubarrones casi negros y los truenos que los sucedían sin prórroga.

—Son las brujas —se escuchó decir a una mujer.

—Pues no van a durar ni un escupitajo —aseguró un hombre a su lado, al tiempo que señalaba a los alabarderos que salían en tromba del castillo.

—¡Fuera de aquí u os mando azotar!

El jefe de los alabarderos iba a cumplir con su amenaza real cuando una de las dueñas de la duquesa asomó por una ventana y ordenó en nombre de su señora que las dos mujeres fueran llevadas a su presencia, orden obedecida de inmediato. Los soldados las asieron y las obligaron de malos modos a entrar en el castillo, cerrando después el portón y dejando a los sosisenses atónitos y expectantes. Durante mucho rato no se movió un alma, pese al chaparrón que descargaba con fuerza en esos momentos aunque finalmente, y en vista de que no parecía haber movimiento al otro lado del portón, optaron por regresar a sus hogares, no sin antes dejar un retén de cuatro jóvenes con el encargo de avisar a los vecinos en cuanto hubiera noticias. No había duda alguna de que, como mínimo, las dos brujas serían colocadas en el cepo durante varios días por haber violado el descanso de doña Juana y haberse atrevido a reclamar justicia acerca de algo que ignoraban y que esperaban no fuera a ser una demanda contra ellos por el asunto aquel de la curiosidad que suscitaban, en especial la más joven; hecho que, de todos modos, negarían con vehemencia llegado el caso.

Doña Juana observó con atención a las dos mujeres antes de dirigirles la palabra. Había oído hablar de ellas a una de sus camareras, quien a su vez lo había oído de una de las

fregonas encargadas de mantener limpios y con paja seca los suelos del castillo. Además de aquello de que la Coja había llegado a Sos no se sabía de dónde y preñada de no se sabía quién, algo que no le interesaba en absoluto, estaba el otro asunto, el de la brujería a decir de la fregona, por el que sentía verdadera curiosidad desde que con siete años, uno después de la muerte de su madre, su padre había vuelto a matrimoniar y a ella la habían dejado al cuidado de una aya vieja y de una esclava morisca que le relataba historias truculentas de seres capaces de volar en las noches de luna llena, de emponzoñar las aguas, agostar los sembrados, provocar la impotencia en los hombres y la esterilidad en las mujeres y, lo más grave, asesinar niños recién nacidos sin bautizar para entregárselos al demonio. Por si acaso, y a la espera de que su hijo recibiera las aguas bautismales con toda solemnidad de manos del arzobispo de Zaragoza, había pedido al abad don Garzia que procediera nada más nacer el niño, que más valían dos bautismos que caer en las garras del diablo para toda la eternidad. No obstante, aquellas mujeres, ocultas bajo sus embozos y chorreando agua no parecía que fueran a tener los poderes achacables a las malignas, pues, si en verdad eran brujas, se habrían tomado ellas mismas aquella justicia que reclamaban a gritos.

—¿Qué razón hay para semejante escandalera? —preguntó al fin.

—Hemos sido forzadas por dos de vuestros hombres, señora, y reclamamos justicia.

La Coja pasó después a explicar cómo, estando ellas en su chabola, habían llegado dos soldados armados y las habían forzado repetidamente sin poder hacer nada para evitarlo,

puesto que en todo momento habían sido amenazadas con ser degolladas si se resistían.

—¿Cómo sabes que eran mis hombres?

—Porque llevaban las armas de Navarra.

Y al decir esto, la mujer señaló con el dedo el estandarte que los dueños del palacio habían ordenado colgar en la pared de la sala principal, tras el sillón, similar a un trono, en el que se sentaba doña Juana.

—¿Por qué no descubríis vuestros rostros? —preguntó ésta, más interesada en sus personas que en el asunto de la violación.

—Señora, permitid que sigamos veladas, pues hay razones importantes para ello.

—¿Acaso sois mahometanas?

—No.

—¿Sois fugitivas?

—No.

—¿Leprosas?

—No.

—Entonces, os ordeno que os descubráis de inmediato.

—Mandad que vuestros hombres se retiren. Únicamente nos descubriremos ante vos y vuestras damas.

—Puedo obligaros por la fuerza.

—Podéis, pero ¿no creéis que nuestra violación ha sido ya más que suficiente por hoy?

Ambas mujeres permanecieron en silencio durante unos instantes, los ojos de color de ámbar de la una fijos en los de la otra, negros como la noche.

—Salid —ordenó doña Juana a sus hombres—. Vos también, don Garzia.

Hubo un conato de resistencia por parte de soldados y monjes, pero todos sabían muy bien que la dama nunca repetiría dos veces la misma orden y, tras unas ligeras vacilaciones, acabaron abandonando la sala, aunque se apostaron al otro lado de la puerta, dispuestos a intervenir a la menor sospecha de que algo malo, o simplemente extraño, ocurriese en el interior.

—Ya estamos solas —dijo doña Juana al cerrarse la puerta.

—Pues procurad no sorprenderos por lo que vais a ver, señora. La vida no ha sido generosa conmigo —dijo a su vez la Coja retirando el embozo.

Ninguna de las damas presentes, incluida la duquesa, pudo retener una exclamación de espanto al contemplar un rostro roto por decenas de cicatrices que lo deformaban como si de una horrenda máscara se tratara.

—¿Quién te hizo eso?

—Un sicario, por orden del padre de mi hija.

—¿Y por qué razón?

—Porque le exigí matrimonio. Su sicario me dejó coja y me desfiguró de forma tal que mi visión solo causa repugnancia y por dicha razón prefiero cubrirme.

—¿Quién fue?

—Ocurrió hace mucho.

—¿Y tu hija? ¿También es deforme?

—No.

—¿Y por qué sigue embozada?

—Por prudencia.

La muchacha no se había movido un ápice, la cabeza gacha, cara y manos ocultas, sin apenas respirar, semejava un

bulto contrahecho salido del mismo infierno. Su madre le tocó en el hombro y ella dejó caer el embozo, alzándose en un gesto de sorprendente arrogancia. Esta vez el pasmo de las damas no tuvo límite. Ante ellas se hallaba la criatura más bella que habían visto jamás, tanto, que les pareció irreal y más de una pensó que se debía a una alucinación o a un sortilegio provocado por la bruja coja. Incluso hubo quien creyó que aquel ser era una lamia y dirigió la mirada hacia sus pies, esperando que fueran de oca, con membranas entre los dedos, o de cabra, con pezuñas, tal y como narraban las leyendas, pero los llevaba calzados con abarcas. Una túnica de estameña vulgar, harapienta y empapada moldeaba un cuerpo perfecto, algo delgado quizá para el gusto del momento, y el rostro, de piel extraordinariamente blanca, estaba enmarcado por unos bucles cortos y negros, esta era la costumbre de las doncellas vascas hasta llegar al matrimonio o perder la virginidad. Pero fue sobre todo el color verde de sus ojos lo que más atrajo la atención, un verde tal que las esmeraldas que ornaban el collar —regalo de bodas— de doña Juana, no podían competir ni en intensidad, ni en brillo. Fascinadas, la observaban sin poder abstraerse al hechizo que emanaba de aquella joven salida de un barranco y ella sostuvo sus miradas, segura de su dominio.

Recuperada de su estupor, la duquesa ordenó abandonar la sala a las damas, conminándolas a no decir una palabra de lo que habían visto u oído, y permaneció a solas con las dos mujeres durante tanto tiempo que, finalmente, don Garzia se atrevió a entrar, cruz en mano, para conjurar el embrujo que, según aquéllas, sufría su señora. Una mirada cólerica lo obligó a salir de nuevo y nadie más osó interrumpir

la conversación que duró hasta altas horas de la madrugada, mientras en el exterior la tormenta arreciaba con fuerza.

Nadie supo acerca de qué trataron, ni siquiera la primera camarera de doña Juana, Inés de Lacarra, esposa del mariscal Pedro de Navarra, pero a partir de aquel día la Coja y su hija pasaron a vivir en el castillo y siguieron a su señora al emprender ésta viaje a Zaragoza, hecho que, para alivio de los sosisenses, tuvo lugar un par de semanas más tarde. Antes, obtuvieron la justicia que reclamaban: sus violadores fueron ahorcados en presencia de una población sobrecogida por el desconcierto; no se recordaba cuándo había tenido lugar la última ejecución pública en Sos. Los vecinos fueron convocados por el pregonero a golpe de tambor en la Plaza de la Villa y el espacio, por lo general lugar de mercado y festividades, se transformó en un patíbulo, ya que no se levantó caldoso alguno, sino que se aprovechó la balconada situada encima del pórtico de dos arcos, a la cual se ataron dos sogas. Tras leerse la sentencia, ambos hombres fueron obligados a encaramarse al barandaje para ser desde allí empujados y quedar suspendidos en el vacío, con los ojos desorbitados y las calzas empapadas de orín.

Madre e hija contemplaron la ejecución desde un balcón cercano, embozadas como de habitual, sin que un solo gesto o una palabra denotara su estado de ánimo. Fueron después escoltadas y los soldados impidieron que sus vecinos las agredieran, aunque no que las insultaran con todo tipo de epítetos, en especial “brujas”, que resonó por la plaza y las persiguió hasta el castillo-palacio de Sada.

No habían tardado los sosisenses en conocer el motivo de los gritos que los habían alertado en una noche de tormenta.

En un principio, la indignación se apoderó de ellos y, al igual que las ultrajadas, reclamaron justicia, aunque fue más debido al hartazgo que sentían que al hecho de la violación en sí. No tardaron en mudar los criterios a medida que fueron conociéndose detalles del supuesto estupro, pues hubo quien fue de la opinión, rápidamente compartida, de que dos aguerridos soldados del rey de Navarra no iban a rebajarse a violar a unas brujas, a menos que no hubieran sido incitados por ellas; que más de uno y una había acudido a la Coja en busca de un filtro amoroso a fin de conseguir los favores de la persona deseada y, con más razón, podría haberlo ella utilizado en su beneficio y en el de su hija. Según sus compañeros de armas ambos hombres se habían perdido por el barranco en una salida de instrucción y, por otra parte, los dos eran buenos cristianos, habían sido vistos en la iglesia en varias ocasiones y uno de ellos, incluso, había entablado relaciones con la hija del tabernero con vistas a matrimoniar, tal y como aseguró este a sus parroquianos. En cuanto se supo que los culpables iban a ser ajusticiados, el Concejo en pleno visitó a doña Juana para solicitar su perdón y, de paso, informarle de que la Coja no era natural de la Val d’Ossella, adonde había llegado tres lustros atrás, preñada y sin marido, lo cual era claro manifiesto de su comportamiento deshonesto, amén de no conducirse como una cristiana fiel y tener fama de fetillera. La duquesa-reina los escuchó sin decir palabra y los despidió con un escueto “lo pensaré”, cosa que, al parecer, le llevó muy poco tiempo, puesto que al día siguiente los dos hombres colgaban de la balconada de la plaza.

Horas después, la comitiva abandonó Sos por el portal de Zaragoza y emprendió viaje hacia esta ciudad, donde

doña Juana se reuniría con su marido y ambos presentarían a su hijo en las Cortes de Aragón. Al mismo tiempo, deseaba comunicar personalmente al príncipe Carlos, preso en la Aljafería, que quedaba en libertad con la condición de no abandonar Zaragoza en ningún momento. La decisión había sido tomada muy en contra del deseo de don Juan y de ella misma, aunque no les había quedado más remedio que ceder debido a las presiones de los diputados aragoneses, a su vez influenciados por el pueblo, favorable al prisionero y contrario a la ambiciosa pareja.

La vida de Jordana Periz de Gorria, quien dijo llamarse María Valtierra, y de su hija Munia cambió de manera sustancial a partir del momento en que doña Juana Enríquez las tomó bajo su protección. No solo gozaban de las comodidades propias de la clase dirigente, en cuanto a alimentación, vestimenta y bienestar, sino que, por primera vez en dieciséis años, la madre recuperó parte de su estima y la joven supo que el mundo era algo más que los cuatro muros desvencijados de la cabaña del barranco. Nadie se explicaba la razón por la que la duquesa de Peñafiel prohijaba a las dos “mendigas”, como las llamaban despectivamente las damas de la corte, siempre en voz baja para no ser oídas por su señora, pero todos reconocían que jamás se había visto transformación semejante.

El físico real en persona, don Haim Abernardut, se había ocupado del rostro deformado de Jordana, pese a que la práctica de la cirugía era motivo de ataques por parte de los teólogos cristianos, quienes la consideraban obra del diablo

que se interponía en los designios de Dios. El judío era quirúrgico, además de maestro en medicina, y ostentaba el título de físico real. Hacía años que don Alfonso, quinto de su nombre, se hallaba asentado en Nápoles, habiendo dejado como regente de los reinos de la Corona de Aragón a su esposa y prima María de Castilla y como lugarteniente a su hermano Juan, pero el físico gozaba de la confianza no solo del rey ausente, sino también del arzobispo de Zaragoza. Pese a que los cristianos tuvieran prohibido recurrir a los hebreos bajo amenaza de excomunión, los preceptos quedaban relegados en cuestión de salud. Hijo y nieto de galenos, Abernardut sentía, al igual que algunos de sus colegas de oficio, deseos de ir más allá, de encontrar remedios o reutilizar aquéllos que ya conocían los árabes, caídos en desuso, más que nada debido a los prejuicios y a las normas eclesiales que regían la sociedad europea. A escondidas, diseccionaba cadáveres para conocer a fondo el mecanismo del cuerpo humano, experimentaba, injertaba y no dejaba órgano, músculo o nervio sin estudiar, lo cual le habría costado más de un disgusto, incluso la muerte por hereje, si no llega a ser porque, aparte del favor real que le permitía ciertas libertades vetadas a sus correligionarios, disponía de un laboratorio en la propia Alfajería, cuya única llave colgaba de su cinto en todo momento. Asimismo, dedicaba muchas horas a la elaboración de medicamentos, a partir de la manipulación de plantas y determinados minerales, en busca de la quintaesencia para sanar los cuerpos enfermos y también transformar en oro y plata metales innobles. Anhelaba, como muchos de sus colegas, obtener la piedra filosofal, el elixir de la eterna juventud, la panacea de todos los males,

la inmortalidad, si bien procuraba no obsesionarse, pues en su larga vida había conocido a más de un colega cuya mente había llegado a trastornarse debido a la obcecación que había nublado sus sentidos.

El caso de la Coja atrajo su interés desde el momento en que doña Juana Enríquez y su séquito llegaron a Zaragoza. No tardó en conocerse en palacio la presencia de las dos extrañas mujeres pro hijadas por la duquesa: una terriblemente desfigurada y otra de una belleza deslumbrante, a decir de quienes habían tenido la oportunidad de verlas; algo que no resultaba fácil pues nunca abandonaban los aposentos de su señora. El físico sintió una gran curiosidad profesional; habló con doña Juana y esta con su protegida. El resultado fue una serie de operaciones que Abernardut realizó en el rostro de Jordana, intervenciones dolorosas que la mujer soportó sin una queja, en parte por su determinación en que se reparase el daño ocasionado por el esbirro del padre de su hija y, en parte, por hallarse bajo los efectos de un preparado que ella misma elaboró y que tomaba antes de cada intervención; no en vano conocía las propiedades del beleño, la mandrágora, la belladona, el cáñamo o la cicuta, entre otras plantas que, administradas en la medida justa, adormecían los sentidos. Porque la propuesta del maestro en medicina era cuanto menos arriesgada.

Se trataba de cortar tiras finas de colgajos de los antebrazos a fin de realizar injertos que disimularan, aunque sin eliminar por completo, las cicatrices del rostro. Durante varias semanas, las dos mujeres vivieron en el laboratorio del físico: durmieron en un catre que este utilizaba para descansar cuando sus experimentos lo mantenían ocupado hasta altas

horas de la madrugada y comieron lo que cada día y puntualmente les llegaba de las cocinas por orden de la duquesa. Acostumbradas a vivir en soledad, soportaron el encierro sin mayores problemas, pero no fue tiempo perdido puesto que, mientras la madre convalecía de las operaciones y apenas abandonaba el catre, la hija pasaba a ser una ayudante aventajada del maestro Abernardut, totalmente cautivado por aquellos ojos de extraordinario color que, en su mente, era el mismo de la siempre buscada y nunca hallada piedra filosofal.

Viudo y cercano a la vejez, el hombre creyó haber encontrado en Munia el elixir de la eterna juventud, tal era el vigor que sentía cuando estaban juntos y el desaliento que lo embargaba al ausentarse por razones de su oficio. Por ella empezó a preocuparse de su aspecto, hasta entonces algo desaliñado, se hizo recortar los cabellos y la barba, teñir las canas con un preparado de salvia, *henna* y té negro, encargó un vestuario completo a un sastre de su comunidad, quien tenía taller abierto cerca de la Sinagoga Mayor, e incluso dejó de asistir a los servicios religiosos para no alejarse de la criatura que le había arrebatado la cordura a una edad en que debía empezar a pensar en la proximidad de la muerte. Pensó, incluso, en bautizarse y solicitarla en matrimonio, aunque para ello tuviera que arrostrar la condena de los suyos y el desprecio de los cristianos viejos. Era un hombre rico y aquellas dos mujeres no tenían nada, excepto la protección de la duquesa de Peñafiel, que podían perder en un instante a nada que doña Juana dejase de interesarse por ellas, algo habitual en los poderosos cuyas querencias mudaban con la misma facilidad que el tiempo. Nadie en su sano juicio rechazaría una

propuesta a todas luces ventajosa y que, por ende, no exigía nada a cambio, puesto que ni siquiera solicitaría a la joven el cumplimiento de sus deberes conyugales —asunto este, el del sexo, relegado en el recuerdo desde hacía años— y ella heredaría su fortuna cuando a él le llegara la hora. Hizo proyectos, vio un par de casas en venta en el barrio de los cristianos ricos, dejó de interesarse por la anatomía humana y se dedicó a instruir a Munia en la elaboración de ungüentos, afeites y pomadas, arte que dominaba como todos sus colegas y que, imaginó, resultaría más apasionante para una muchacha de su edad que la sangre y el estudio de las vísceras. Destapó con gran ceremonia una serie de redomas que contenían aceites esenciales de jazmín, rosa, lavanda o hinojo y le enseñó a utilizarlos en la preparación de perfumes mezclándolos con canela, incienso, clavo y otras especias para obtener aromas únicos capaces de enamorar a los hombres y cautivar a las mujeres, según le dijo, y no pudo ocultar su sorpresa cuando ella aseguró que quería conocer los secretos de la ciencia oculta.

—¿Alquimia?

Tras la primera sorpresa, Abernardut no reprimió una sonrisa. Se precisaba toda una vida para llegar a descubrir los recónditos arcanos de la alquimia y, aun así, ni el más docto de los hombres podría ser capaz de dominar la sabiduría acumulada durante más de dos mil años a lo largo y ancho del mundo conocido. Erraban quienes creían que la ciencia oculta se limitaba al simple manejo de sustancias para transformar el plomo en oro; esta era solo una parte, mínima, de un conocimiento que abarcaba la física, la medicina, la astrología, la química, el estudio de los símbolos, el arte, el espiritualismo

y otros aspectos inalcanzables para una mujer, aunque fuese una hechicera y Munia no lo era, al menos todavía. Ni siquiera él podía considerarse un alquimista, solo un aprendiz con suficiente práctica para obtener aceites esenciales, cosméticos y, en general, remedios naturales que, estaba convencido, cualquier herbolera avezada lograría obtener sin mayores problemas. Asimismo, elaboraba su propia *aqua vitae*, que los profanos aseguraban era el elixir de la eterna juventud, pero que él, tras media existencia de experimentación, había llegado a la conclusión de que, al menos su agua de vida, no pasaba de ser un alcohol bebible que, eso sí, lograba hacerle olvidar las penas de su soledad. De ahí a obtener la Gran Obra, la piedra filosofal, mediaba un gran trecho. De hecho, estaba convencido de que se trataba de una meta inalcanzable. En varias ocasiones había purificado la sal, el mercurio y el azufre mediante el fuego, a través de la fusión y la destilación, tal como se indicaba en un tratado inspirado en el *Speculum Alchemiae* de Roger Bacon, el gran alquimista inglés; y los había unido de modos diversos, atendiendo el momento propiciatorio en la carta astral, aunque sin grandes resultados. De todos modos, no había hecho de la búsqueda su finalidad en la vida, pues sabía que la verdadera piedra filosofal no era un objeto, ni una materia transmutable, sino la iluminación, el estado de perfección de una mente elevada que, por desgracia, no era su caso.

—Ya te estoy enseñando —respondió con una sonrisa—. La elaboración de perfumes es un procedimiento alquímico.

—Quiero aprender el arte de la magia —insistió ella.
—¿Magia? ¿Qué tipo de magia?

—La que decide sobre la vida y la muerte.

—¿Venenos? —preguntó el físico en el colmo de su estupor.

La respuesta fue una mueca acompañada de un leve movimiento de hombros y un asomo de sonrisa que encandiló al hombre, pues era la primera vez que la veía sonreír. Aun así, el asunto de los tósigos era sumamente peliagudo, a la par que peligroso.

La ley era muy severa en cuestiones de envenenamiento y más para un judío, siempre en la mira de los clérigos más ortodoxos y, preciso era reconocerlo, en la de algunos de sus colegas para quienes, a fin de cuentas, no dejaba de ser un competidor. Cualquier precaución era poca; debía ser cauteloso en todo momento, no bajar la guardia, consultar a otros físicos en casos de difícil solución o llamarlos cuando el agonizante era un notable cristiano, a fin de que corroborasen su dictamen en cuanto a que no había remedio para la enfermedad, no fuera a ser que lo acusaran de haber envenenado al paciente. Tampoco ayudaba el hecho de que fuera el maestro en medicina de la corte, puesto ambicionado por muchos que no dudarían en acusarlo de mala práctica si llegaba a cometer un error. Y error sería instruir a una muchacha sin formación en el manejo de pócimas mortíferas, teniendo en cuenta, además, de que no entendía para qué querría ella dichas pócimas si, por otra parte, su madre era una herbolera consumada, tal y como había demostrado al preparar los narcóticos para las intervenciones.

—Tu madre conoce bien el uso de las plantas; seguro que sabrá enseñarte mejor que yo —dijo a modo de disculpa.

Ella no respondió y le volvió la espalda.

Durante los siguientes días el comportamiento de la joven no varió. En el momento en que él entraba en el laboratorio, ella le daba la espalda y no le dirigía la palabra, lo que le provocaba un desasosiego a todas luces visible, pues era incapaz de centrarse en su trabajo y, a veces, se quedaba inmóvil mientras realizaba las curas a Jordana, la mano en alto, la mirada perdida.

La mujer se recuperó con asombrosa celeridad, los injertos cicatrizaron sin casi dejar huella gracias a la pericia del quirúrgico y, aunque resultara del todo imposible hacer desaparecer las terribles marcas de las cuchilladas y recuperar la belleza perdida, su rostro dejó de provocar repulsa merced a los afeites que doña Juana en persona se ocupó de suministrarle, aun y todo, quizás por haberse acostumbrado a ello, continuaba embozada al hallarse en compañía de otras personas que no fueran su hija, el físico o la duquesa. En otras ocasiones se cubría con un velo transparente de lino fino, al igual que hacían muchas damas a fin de preservar su identidad al mezclarse con el pueblo los días de mercado o durante las jornadas festivas, y todas las noches antes de acostarse se aplicaba un ungüento elaborado con aceite de trigo y escaramujo que, al decir Abernardut, lograría una visible recuperación de la piel. No obstante, la “milagrosa” mejoría no pasó desapercibida en la corte, lo que dio mucho que hablar, en especial en cuanto a los métodos utilizados por el maestre en medicina que rayaban en la herejía e, incluso, la brujería, como no dudó en calificarlos más de uno, sin imaginar siquiera cuáles habían sido dichos métodos, puesto que ninguno de los implicados soltó palabra al respecto. Por otra parte, el propio zapatero

personal de la duquesa confeccionó un par de chapines especiales, uno con la suela de alcornoque el doble de alta que el otro, de forma que la cojera quedó bastante atenuada. Jordana volvió a sentirse viva.

Haim Abernardut, sin embargo, estaba peor cada día que pasaba. Acudía a los aposentos de doña Juana con cualquier disculpa para ver a Munia, aunque fuera de lejos. No podía conciliar el sueño, había perdido el apetito y adujo no sentirse bien a fin de no presentarse en el Hospital Real, donde pasaba consulta, no visitar a sus clientes privados e, incluso, no acudir a la llamada del propio arzobispo, quien sufría cólicos con cierta frecuencia. Su obsesión por la joven se había vuelto enfermiza y había perdido tanto peso que el ropón de lino fino, confeccionado para causarle buena impresión, le sobraba por todas partes.

—Enséñale lo que te pide —le aconsejó Jordana en una de sus visitas, haciendo clara referencia a la mirada perdida que dirigía a su hija, la cual continuaba empeñada en darle la espalda y no permitirle la visión de aquellos ojos que le robaban la razón.

—Quiere saber de venenos.

—¿Y qué problema hay?

—Tú, que has sido acusada de brujería, conoces la respuesta mejor que yo —respondió con acritud.

Seguro que ella le daba mil vueltas en asuntos de ponzoñas y no comprendía lo que ambas mujeres esperaban de él. Sabido era que las brujas dominaban el arte de las plantas; que habían heredado el conocimiento de madres a hijas y lo transmitían en ocultos ritos iniciáticos desde los tiempos de las sacerdotisas de la diosa pagana Diana. Cierto

que la antigua Roma quedaba ya muy lejos, pero él estaba convencido de que, de alguna manera que se le escapaba, el saber de las remotas hechiceras denunciado en el *Tanaj*, llamado Antiguo Testamento por los cristianos, había llegado a sus sucesoras. Había meditado acerca de ello desde el momento en que Jordana y Munia aparecieron en su vida, aunque le resultaba arduo entender cómo unas simples mujeres podrían haber adquirido dicho conocimiento, a menos que, según afirmaban los inquisidores aragoneses, hubieran sido ayudadas por el propio *ha-satán*, el “adversario”, cuyo fin era expandir el mal entre los hijos de Dios. De todos modos, era imposible que su paciente y su hija fueran brujas porque, de haberlo sido, no habrían necesitado su ayuda.

—Una cosa es que te acusen y otra, muy distinta, que la acusación sea cierta —respondió Jordana en un tono neutro de voz—. Tú, que eres judío, deberías saberlo mejor que nadie.

El rostro de Abernardut se ensombreció. Desde hacía poco más de un siglo, la historia de su gente estaba plagada de hechos luctuosos acerca de los cuales prefería no pensar, aunque le era imposible no hacerlo. Primero fueron las grandes pestes durante las que se acusó a los judíos de envenenar las aguas, sin tener en cuenta que ellos morían en igual número que sus vecinos cristianos y musulmanes y que hicieron que desapareciera un quinto de las juderías del reino. Después, la guerra entre aragoneses y castellanos y las persecuciones que tuvieron lugar a raíz de las prédicas del arcediano de Écija, de maldita memoria, que había llevado a la muerte y al exilio a miles de judíos, acusados de los crímenes más horrendos, todos falsos. También llegó la inquina de

los perseguidores hasta Huesca, de donde era oriunda su familia. Sus abuelos paternos y sus tíos fueron asesinados y su padre huyó a Zaragoza, cuya judería se hallaba bajo la protección real, donde encontró algo de sosiego, conoció a su madre y nació él. Pocos años más tarde, sin embargo, la zozobra sacudió de nuevo a la comunidad hebrea. Tras las prédicas del monje Vicente Ferrer, a las que todos los judíos fueron obligados a asistir, el papa Benedicto convocó la llamada “Controversia de Tortosa” entre teólogos cristianos y rabinos para debatir la llegada del Mesías y demostrar la inutilidad de la religión judía. Su propio abuelo materno, el rabino Matatías fue uno de los maestros elegidos para defender la fe de sus antepasados, aunque de nada les valió ni a él ni a los demás, pues no pudieron salir airosos de la encerrona tendida por el blasfemo Yehosúa Ha-Lorki, converso bajo el nombre de Jerónimo de Santa Fe, físico personal del Papa e instigador del debate que desencadenó la apostasía de miles de judíos —algunos por convencimiento; otros, por miedo—. Y por si todo esto fuera poco, meses después, aquel mismo papa decretaba el confinamiento en sus barrios de quienes se habían mantenido fieles a sus creencias. Bien sabía él, era cierto, que no había nada más pernicioso que una acusación falsa para desencadenar el odio sanguinario de la intolerancia.

—Pero... ¿qué puedo enseñarle yo que tú no sepas? —adujo sin fuerzas para continuar negándose—. Conoces de sobra las plantas ponzoñosas. Además, ¿por qué ese empeño? Es muy joven para navegar por aguas tan peligrosas.

—Se trata solo de la curiosidad de una muchacha.

—Una curiosidad arriesgada, diría yo.

—Simplemente un capricho.

—Lo haré entonces, pero a condición de que... —el hombre vaciló un instante— de que acepte ser mi esposa.

—Mucho pides para tan poca cosa.

—La amo y tengo fortuna para ofrecerle, para ofrecerle a las dos, una vida regalada.

—Bien, pero primero tendrás que demostrarle que en verdad sientes por ella ese amor del que hablas y harás lo que ella te pide.

—Sea.

Abernardut notó algo parecido a un estremecimiento que achacó al aire frío que se colaba por el único ventanuco de su laboratorio, pero al mismo tiempo sintió que las sienas le hervían y que el corazón se desbocaba al igual que un caballo asustado. Munia había abandonado su retiro y se aproximó a él con una sonrisa en los labios y aquella mirada que lo petrificaba, al igual que afirmaban hacía la Gorgona con quienes la contemplaban.

Durante varias semanas, el físico puso al servicio de la joven sus conocimientos acerca de todo tipo de venenos. Le habló de los que podían hallarse en la Naturaleza, en plantas como la cicuta, parecida al hinojo y mortal por necesidad; la dedalera también llamada “campanas de San Juan” por la forma de sus flores de hermoso color malva, cuya ingesta detenía los latidos del corazón; la belladona, que provocaba alucinaciones antes de conducir a la parálisis y a la muerte; el ricino, el acebo, el muérdago, el tejo, el eléboro, la ruda, el beleño y tantas y tantas otras. También le habló de las serpientes venenosas, las salamandras y algunos tipos de arañas, dejando para el final los venenos minerales, en especial el mercurio, cuyas propiedades mágicas eran conocidas desde

la Antigüedad y cuyo uso excesivo atacaba al cerebro y, sobre todo, el arsénico, el rey de los venenos, el más utilizado.

—Debido a que es muy fácil de obtener —le explicó— y a que no tiene sabor, color ni olor y puede mezclarse en las comidas tanto como en las bebidas.

El oropimente del que ya hablaba Aristóteles, empleado por Galeno e Hipócrates para sanar las úlceras y uno de los componentes necesarios para hallar la clave de la piedra filosofal, se hallaba de forma natural en los minerales y había sido utilizado desde “siempre”, aseguró el físico, para eliminar oponentes, maridos viejos, esposas fastidiosas e, incluso, emperadores.

Dejándose llevar por su pasión investigadora, olvidando que estaba tratando con una joven que aún no había cumplido los dieciséis y, de manera muy particular, deslumbrado por el interés, quiso creer que admiración, que observaba en sus ojos, aquellas dos esmeraldas engarzadas en un rostro perfecto, Abernardut le explicó las diversas formas de utilizarlo para obtener el veneno, unas gotas del cual resultarían letales para cualquier ser humano. Llenó un frasco de vidrio de color azul, limpió bien los bordes, lo cerró con un tapón de plata y se lo entregó, convencido de que ya nada se interponía en su anhelo, puesto que él había cumplido su parte del trato. Los cinco meses transcurridos desde la llegada de la llamada María Valtierra y de su hija a Zaragoza habían sido un suspiro, que esperaba se prolongara hasta el final de sus días una vez casados. Algo parecido debía de ser el Edén; un lugar sin tiempo, en el que el ayer se diluía en el mañana, sin principio ni fin, la felicidad absoluta, la perfecta simbiosis del cuerpo y el espíritu.

—¿Te casarás ahora conmigo? —le preguntó.

Munia no respondió, ni siquiera sonrió; se lo quedó mirando como quien mira a una piedra y, después, se sujetó el vientre.

Tan absorto había estado contemplando su rostro que no había advertido el cambio sufrido en ella, quizás porque vestía una túnica holgada de color pardo, propia de una mujer humilde, en lugar de las entalladas bajo el pecho o en la cintura, confeccionadas con terciopelos finos y brocados, utilizadas por las damas, inclusive las burguesas más acomodadas. Tampoco se dio cuenta de que la joven se había dejado crecer su cabello rapado, prueba de la pérdida de la doncelez, tal como se estilaba entre las mujeres de su tierra, y que cubría con una pañoleta enrollada a modo de turbante cada vez que abandonaba el laboratorio. La visión del vientre redondeado lo sumió en el estupor y miró a Jordana exigiendo una explicación, pero la mujer se limitó a hacer un gesto como diciendo que así estaban las cosas y, sin saber qué hacer o qué decir, Abernardut abandonó el laboratorio.

La criatura que crecía en el vientre de Munia era fruto de la repetida violación a manos de los dos soldados de doña Juana Enríquez. Su madre se había dado cuenta de su estado antes que ella, no en vano, y aun sin ejercer de partera, conocía bien los síntomas que lo anunciaban. En más de una ocasión había proporcionado remedios abortivos a jóvenes, y menos jóvenes, mujeres que habían acudido a la chabola del barranco en busca de su ayuda para librarse de las consecuencias de una